



## CENTENARIO

Aún hoy, ver a Carmen Amaya dar un compás en una vieja película resulta sobrecogedor

# No hubo otra como Carmen

ALFREDO GRIMALDOS / Madrid  
 «Me pregunta por qué me gusta tanto el baile de Carmen Amaya ¡Vaya usted a verla!» Así se manifestaba sobre el arte y el magnetismo de la genial gitana del barrio barcelonés de Somorrostro nada menos que Charlie Chaplin, que no sería un experto aficionado al flamenco, pero del mundo de las emociones artísticas sí sabía algo. El comentario lo recoge el francés Mario Bois, uno de los más acreditados biógrafos de la bailaora, en su libro *Carmen Amaya o la Danza del Fuego*. «Es la única persona ante la que yo me he sentido espectador», dijo de ella Antonio Gades. Y el maestro Antonio Mairena sentenció: «Ha sido el genio más grande que ha dado el baile».

Es difícil encontrar en el universo del flamenco tanta unanimidad de elogios ante una figura, pero Carmen Amaya, sin duda, fue especial, humana y artísticamente. Ahora, en 2013 se cumple el centenario de su nacimiento.

Sigue en **página 46**

**La bailaora barcelonesa Carmen Amaya, de cuyo nacimiento se cumplen 100 años.** / GETTY





Carmen Amaya llegó enferma y terminó moribunda al rodaje de 'Los Tarantos', pero la película quedó como su legado de genialidad.  
/ COLITA

## CARMEN AMAYA

### ● En Madrid dudaban de que una catalana fuera tan buena bailaora

Viene de página 45

Ocurrió en un barrio marginal de Barcelona, en el seno de una familia de artistas de origen granadino. Revolucionó el baile flamenco y se convirtió en la primera gran embajadora internacional del arte jondo.

Hija del tocao *El Chino*, nació en la chabola de su abuelo, tratante de caballos, en medio de la playa. Sus primeros y prematuros pasos artísticos los dio con el nombre de *La Capitana*. Con sólo seis años debutó y causó sensación en el restaurante barcelonés Las Siete Puertas, de la mano de su padre. Su tía, *La Faraona*, también bailaora, influyó en el despegue profesional de la cría y la llevó a la Granada de sus ancestros, donde años más tarde rodaría una película para la historia, *Maria de la O*.

Pero antes se fue fogueando en locales de su ciudad natal como la Taberna El Blanquet, el Chiringuito de La Puerta de la Paz, el Cangrejo Flamenco, La Taurina o La Criolla. Barcelona bullía con los preparativos de la Exposición Internacional de 1929.

Tras su viaje a Granada, los comentarios sobre el arte de esa gitana catalana se fueron extendiendo entre todos los flamencos. Con antelación al salto a Madrid, se presentó en París, en el teatro Palace, junto a su tía *La Faraona* y el guitarrista Carlos Montoya. Allí coincidieron con la

diva del cuplé Raquel Meller y comenzó a cultivarse la devoción del público francés por Carmen Amaya, una figura que sigue siendo venerada por los aficionados de nuestro país vecino.

El 1923 Carmen, con 20 años, viajó por primera vez a Madrid, donde su viaje provocó un enorme revuelo, a pesar de los inevitables comentarios de quienes piensan que de Cataluña no podía llegar flamenco de postín. En la capital, Amaya puso las cosas en su sitio desde el primer momento y figuras destacadas del arte jondo en ese momento, como los cantaores Manuel Vallejo y José Cepero o el tocao Miguel Borrull se entusiasmaron con su arte.

Carmen era ya entonces algo especial: en ella afloraba el flamenco más profundo, pero también, espontáneamente, surgían nuevas formas expresivas. Bailaba como nadie con la bata de cola y marcaba un nuevo camino en la historia cuando zapateaba con pantalones.

En 1935 ya era una personaje que marcaba época. Todas sus actuaciones en el Teatro Coliseum de Madrid hacen que se desborde al aforo de la sala. Sólo tenía 22 años y comenzaba su andadura en el cine, con *La hija de Juan Simón*. El año siguiente rodó la citada *Maria de la O*, en la que participaba junto a la gran Pastora Imperio, que también bordó un inolvidable papel. A la banda sonora le puso voz precisamente Antonio Mairena.

La sublevación fascista que se inició en África el 17 de julio de ese año sorprendió a Carmen en Valladolid. Desde allí, se trasladó a Lisboa, donde recibió una oferta para trabajar en Buenos Aires. Se presentó en la capital argentina junto a dos glorias de la guitarra flamenca, Ramón Montoya y Sabicas, en el Teatro Maravillas. Después sus actuaciones se

sucedieron, con enorme éxito, por todo el continente americano (Uruguay, Brasil, Chile, Colombia, Venezuela, Estados Unidos...). Apareció en la portada de la revista *Life* y el arte incommensurable de la bailaora fue reconocido por algunos astros de Hollywood, como Orson Welles: «Es la mejor bailarina del mundo». Ahora que el flamenco triunfa en los escenarios internacionales de mayor prestigio, el nombre de Carmen Amaya debe ir siempre por delante.

Durante el tiempo que trabajó en Estados Unidos, participó en nume-



## Antonio y Carmen

Antonio Gades sentía pasión Carmen Amaya. Algunas de las cosas más bonitas que se han escrito sobre la bailaora son de él: «La primera vez que la vi no pude aplaudir. Estaba paralizado. Entré llorando a su camerino y salí llorando. No pude articular palabra. La abracé y me abrazó. Recuerdo su humanidad, su sencillez. Jamás hablaba de baile. Hablaba de las cosas más simples de la vida, siempre con un paquete de tabaco rubio y el mechero en la mano izquierda, y una taza de café». Sus recuerdos del día que murió Carmen son precisos: «El 19 de noviembre habíamos organizado un partido de fútbol en Montjuïc entre camareros y artistas. En medio del partido me dijeron: 'Antonio, ha muerto Carmen Amaya'. Me fui por todos los tablaos de Barcelona. Cuando llegué al de la antigua 'vedette' Bella Dorita, estaba la gente dando palmas y me puse a gritar: '¡No tenéis vergüenza! ¡Que esté Carmen Amaya de cuerpo presente y haya un tablao flamenco abierto!'. Me dediqué a cerrar todo lo que hubiera abierto de flamenco. Su tumba en Bagur era un bloque blanco, parecía diseñado por Malevich. Después, su marido trasladó su cuerpo a Santander. De haber estado yo, habría impedido por todos los medios, legales e ilegales, que se llevasen a Carmen fuera de Bagur, porque ella quiso morir allí».

rosas películas, como *Sueños de gloria*, *Piernas de plata* o *Las amarguras de un torero*. En 1947 reapareció en España y después continuó su inagotable gira internacional durante más de una década. En 1962, bajo la dirección de Rovira Beleta, partici-

pó en la película *Los Tarantos*, cuando ya estaba delicada de salud, por problemas renales. Ese ha sido su memorable testamento artístico.

«El rodaje de *Los Tarantos* duró ocho semanas de 1962», explicó Beleta. «Llamamos a Carmen por-

que buscábamos en ella el tipo auténtico que no quedara folclórico. Ella tenía contrato en México, pero lo dejó todo y se vino a España... No pudo llegar a ver la película. Cuando estaba en la clínica del doctor Puigvert, en Barcelona, sólo alcanzó a ver un avance que emitieron por televisión. Se estrenó la película en Madrid y murió cuando estaba en cartel. Pedí que aquel día cerraran el cine, pero no lo conseguí».

La película fue candidata para el Óscar en 1963. En el centenario de la bailaora, es obligatorio ver todos los días, por lo menos una vez, la deslumbrante escena en la que ella hace compás con los nudillos sobre la mesa. Una barbaridad. Algo que sólo estaba reservado para una figura tan genial como Carmen.

Los bailaores Antonio Gades y Carmen Amaya conversan en un momento de pausa del rodaje de 'Los Tarantos', en 1962.  
/ COLITA

ORBYT.es

>Vea hoy en EL MUNDO en Orbyt un repaso en vídeo a la vida de Carmen Amaya.